

pueblo" (Remigio Tovar. *La Fiesta del Triunfo de la Santa Cruz*. p. 53); si "con el progreso de las escuelas laicas, fué preciso hacer progresar la penalidad, castigando el raterismo con la deportación y trabajos forzados en las Islas Mariás; con lo cual se contuvo la ola de rateros cuya entrada en las comisarías, a razón de 300 por día, era de 100.000 al año. La penitenciaría del Distrito Federal fué calculada para recibir el doble del número de huéspedes correspondientes a un millón de habitantes a medio civilizar, y dos veces hubo necesidad de agrandarla." (Di. p. 421, 423) Concluye el ateo Bulnes: "Si la criminalidad ha aumentado; si la perversidad y el egoísmo han revestido la forma más extravagante de la alucinación, éso proviene de que se haya aplicado el laicismo a las escuelas." (Di)

Divertido es ver como otro apóstata, Esquivel Obregón, se está ahorcando él también, cuando culpa a "la escuela inmoral" del torrente de males que desató y él viene deplorando en estas líneas: "Hemos cometido el error, que lamentamos con lágrimas de sangre, de creer que podía progresar el país sin que progresara la inteligencia y la moral de su pueblo. Hemos creído que podíamos tener bancos, ferrocarriles y monumentos sin fomentar los sentimientos de sociabilidad; y no es sino hasta ahora que podemos ver que sin la debida armonía entre el elemento intelectual y moral del hombre, los bancos o han sido saqueados u obligados a suspender sus operaciones, y los ferrocarriles, donde no están hechos pedazos por la dinamita, sólo acarrear elementos de destrucción y de muerte." (Ob. p. 286, 284)

De ahí que la incauta juventud, educada en la escuela laica con la hiel de la blasfemia en los labios, nada respete, haga alarde de ser librepensadora, rompa toda tradición piadosa y de familia, y se deje arrastrar de las pasiones más indómitas, hasta el extremo de haberse establecido, años atrás, entre alumnos de la Preparatoria, la moda de suicidarse, siendo dicho plantel apodado de "escuela del suicidio," "cuando en tres siglos (de dominación española) no se había visto se cometiese un solo suicidio a sangre fría." (Exposición de varias personas de México al Sob. Congreso de esta Capital, solicitando la reposición de la Cía. de Jesús en la República. México, 22 de mayo de 1841)

Tanta inmoralidad, acrecentada por la cultura intensiva que se le dió en miles de escuelas nacionales, había de extenderse muy pronto, como lepra asquerosa, mediante el gremio estudiantil, por todo el cuerpo social. "Con un positivismo degenerado, habla el liberal Gómez Robledo, se ha hecho retrogradar al país a la barbarie y a la anarquía primitivas, y se desmoronó la sociedad en el desenfreno de las más bajas pasiones," (Rob. p. 41) que puso de relieve en 1919 esta declaración del Servicio Médico de la Instrucción Pública Popular: "La mayoría de la juventud escolar padece sífilis hereditaria." (Di. p. 423)

Con un sistema educativo tan corrompido, ¿qué ideales nobles y levantados podían haber informado el alma del pueblo mexicano? ¿Qué obras grandes, dignas de una nación culta y civilizada, empujada por alientos de juventud, podían haberse llevado a cabo, cuando era doctrina del gobierno liberal, requerida para gozar de sus favores, desentenderse como de una quimera,

de la idea de la vida futura, generadora de todos los heroísmos, y fincar su fin último en los goces materiales propios del animal, señalado éste como el modelo del hombre, su igual, su hermano, su correligionario?

¿Por qué admirarse, los liberales, de que un Salvador Alvarado, que gobernó a Yucatán cual hubiera podido hacerlo la peste, a las protestas de los padres de familia indignados de que en las escuelas se atentara contra el pudor de las niñas, con enseñarles de un modo obsceno los secretos de la generación, "esta nuestra bella doctrina masónica," dice la secta (*L'Acacia*. Ab. 1910), contestara con el cinismo de un perro en celo, que "si la mujer había nacido para concebir y dar a luz, era preciso que nada ignorase?" (Pr. 3 dic. 1917)

Iguales protestas levantáronse "en muchos Estados contra los maestros de escuelas que obligaban a los niños a oír sugerencias obscenas, encaminadas a fomentar el aumento de la población a la manera de las bestias," (Mess. 10 feb. 1916) protestas que subieron de punto cuando el gobierno, abusando de su poder; distribuyó en sus escuelas un folleto infame en que se enseñaban prácticas inmundas para combatir la natalidad, con afrenta de las mismas bestias.

El pedagogo Rodolfo Menéndez informaba entonces a los yankis, por encargo del gobierno mexicano, que "éste no permitiría al clero mexicano publicar libros en que se ponga fuera de este mundo el objeto de la vida, ni se aconseje el aborrecimiento de la materia y del amor sexual," (Ext. Ab. 1917) conforme a este dicho de un liberal agriado con el sexto y ribeteado de socialista: "Todas las mujeres son de todos los hombres," (all the women belong to all the men. August Bebel. *Woman and Socialism*)

¿Por qué asustarse ahora, los liberales, de que una discípula aventajada de las escuelas laicas, el marimacho de Hermila Galindo, reivindique en favor de la mujer los mismos derechos que el hombre a la libertad para la elección amorosa, y denuncie el matrimonio por el cual la mujer, dice aquella hembra sin pudor, se degrada y convierte en esclava y prostituta?

¿Por qué se queja Bulnes, para quien "todo gobierno religioso es antisocial" (Porv. p. 77), de que entre las familias de la clase media, no es ya la madre lo que antes: una dama religiosa que iluminaba el hogar con la aureola de sus virtudes, y formaba hombres para Dios, la patria y la humanidad," (Who. p. 27) confesando aquí el ateo Bulnes los bienes que produce la Religión, es decir, bendiciendo los frutos y maldiciendo el árbol?

¿A qué viene prorrumpir en arroyos si ahora, navegando a velas tendidas en pleno progreso liberal, la población femenina de México, comprendida entre los 15 y 30 años, tiene un 12 por 100 de sus miembros inscritos en los registros de la Inspección de Sanidad, sin contar otro promedio considerable de prostitutas clandestinas que logran zafarse de esa inscripción (Hig); si el revolucionario *Heraldo* de México deplora "la relajación hasta lo indecible de los costumbres nacionales, de los viejos códigos de nuestra moral, el estropeamiento del tradicional pudor de la mujer mexicana, y la elevación a la enésima potencia del número de las mujeres públicas" (Ep. 3 ab. 1921); si la mayoría de las mujeres del pueblo se encuentra nacionalizada; si su violación es una costumbre arraigada y res-

pétable" (Dí. p. 422); y si Lara Pardo, seta ponzoñosa brotada de aquel estercolero, "la escuela ignominiosa," proclama entre respetables familias mexicanas, la licitud e inocencia del más repugnante, degradante y embrutecedor de los vicios: la prostitución? (Hig. p. 136, 28, 135)

Por asquerosa que parezca esa doctrina de burdel, con que se envenena el alma de la niñez, preciso es decir que no ha sido otra la de la pizmienta secta, según sus rituales y esta declaración que soltó aquel ganso de h: Fauvety, miembro del Gran Oriente de Francia, y venerable de una logia: "La masonería y la prostitución trabajan en compañía, como dos galeotes amarrados a una misma cadena." (Mas. I. 371. II, 459) Ese trabajo desarróllase principalmente en la escuela, conforme al programa planeado en las logias, y por el jefe del masonismo francés, Dequaire, crudamente externado en estos términos: "La escuela laica tiene por fin único formar librepensadores.

"La escuela laica no habrá dado sus frutos sino hasta que el niño haya abdicado completamente la fe católica, y esté en guerra abierta contra el clero.

"La escuela laica es un molino donde se arroja un niño cristiano para que lo triture hasta sacarlo un perfecto renegado." (Ti. 14 oct. 1910)

Y como doctrina masónica, aquélla fué la que el Gran Maestro Vitalicio de la Orden, Díaz, con férrea mano impuso a la escuela oficial, declarando desde el trono de acero de las logias: "Estoy gobernando con espíritu, intención y resultados masónicos." (Ti. 22 dic. 1895)

"Para destruir el catolicismo, dice la nefanda secta, es necesario comenzar por suprimir a la mujer." Y el Gran Maestro de la Orden, cuya tendencia ingénita era rodearse de los individuos más inmorales, dice uno de sus paniaguados (Prid. I. 175), con aquellos sátiros, polilla de la virtud femenina, llenó los empleos públicos de más alta categoría y responsabilidad.

Para gobernador de su Estado natal, era de creer que hubiese nombrado una persona siquiera respetable. Pero él, hecho a un lado todo decoro, "arrojó como un alacrán sobre la sociedad de Oaxaca, al Gral. Martín González, que representaba, según el leal saber y entender de las damas oaxaqueñas, no todos los vicios, sino su caricatura;" (Dí. p. 182) y, como tal, era perfectamente conocido del Presidente, (Prid. p. 109) para Gamboa, "varón austero, aun a pesar de sus hijos naturales." (Boa. III. 10) "Un día en que insolentemente se permitió Martín González algo que es innarrable en casa de un alemán, éste, tomándolo por las orejas, lo sacudió fuertemente y lo sacó de su casa a puntapiés, rodando las escaleras Su Excelencia, el nobilísimo Sr. gobernador." (Soe. p. 146)

Resumiendo: al Gral. Díaz, jefe de "la facción liberal que de 1867 acá tuvo bajo su completa dominación al partido católico" (Who. p. 223); al Gral. Díaz, propagador de la prostitución oficial en todos los ramos de la administración, "representante y encubridor, encarecen los jesuitas, de la obra nefanda de la materialización del pueblo mexicano" (Veg. 26 set. 1915), y patrocinador de la enseñanza atea e inmoral por Juárez implantada, y por aquél elevada a sistema, la que desfloró la inocencia y candor de la niñez, débese en su parte principal, ante la Histo-

ria y la Justicia Divina, todos los atentados perpetrados por el carrancismo en contra del pudor del otro sexo.

Al Gral. Díaz, muerto sin pública retractación, cuando **publici peccatores publice poenitendi sunt**, y de quien un "Padre Blay, amigo de Carmelita" y de la Teología parda, "dijo, bañado en lágrimas, tras de confesar al expresidente: Es un justo;" (Edt. p. 82) a ese justo de nuevo cuño que, tras de examinar su conciencia timorata, decía candoroso, al estallar la revuelta maderista por él provocada: "No conozco hecho alguno imputable a mí, que motivara ese fenómeno social;" a ese justo débese el que hayan sido convertidas en prostíbulos, entre muchas iglesias, la de Tepozotlán (Mind. 8 dic. 1914), la del Beaterio en Colima, la del Colegio Católico de Puebla (Pr. 27 mar. 1916. Veg. 24 nov. 1914), y la catedral de Yucatán en la que mujeres y hombres crapulosos, dijo la prensa extranjera, cometieron, con asistencia forzada de las niñas de las escuelas, orgías bestiales en medio de lubricidades monstruosas. (Free. 9 set. 1916. Veg. 21 mayo 1916)

Con anuencia de la dictadura porfiriana, "hubo individuos que fueron consignados al ejército, porque sus esposas, hermanas o hijas se negaron a acceder a las proposiciones de los caciques que querían saciar en ellas sus apetitos sexuales, convirtiéndose esta práctica en un venero de oro que explotaban los empleados superiores del ministerio de la Guerra, cobrando 50 o \$100 por el rescate del individuo que pretendía libertarse de tan pesada carga, ni más ni menos que por tener en su familia mujeres agraciadas." (Antonio Melgarejo. Los crímenes del Zapatismo. México, 1913)

Entre la inmoralidad de las escuelas nacionales, en tiempo de Díaz, y las saturnales de la chusma carrancista, hay la relación de causa y efecto. Qúitese el temor de Dios, y el hombre se torna una fiera indómita que todo lo ensucia, todo lo destroza; o, como se expresaba en 1847 el volteriano Fernando Ramírez: "La indiferencia religiosa creada por nuestros revolucionarios, la verá la falsa filosofía como un sistema de adelanto social: para mí lo es de muerte y de destrucción. Porque cuando un pueblo llegue a no creer en nada, nada respetará; y es sabido que ninguna nación puede subsistir cuando la horca es el único término por el cual puede medirse la moralidad de las naciones." (Fern. p. 219) Verdad tan evidente es ésta, que sin pena la admiten, estando en sus cabales, liberales tan empecatados como Ezequiel Chávez, Ricardo García Granados y el esponjado Vera Estañol, que a gala tiene darse a cada triquitraque el mote de librepensador, cual si hubiese inventado la pólvora.

De ahí, por parte de Chávez, esta velada retractación de su complicidad con Justo Sierra en la obra corruptora de la juventud escolar: "Queramos o no, si la educación que impartamos ha de ser completa, necesitará ser, en el noble sentido de esta palabra, religiosa." (Ep. 15 mayo 1921)

Discursando en el Congreso el blasfemo García Naranjo, atribuyó el desastre de la escuela laica, para Julio Simón "escuela deshonorada," a la falta de principios religiosos, objeto del desprecio de aquel jacarandoso. "De las premisas sentadas en aquel discurso, el público dedujo lógicamente esta consecuencia: No tendremos pueblo sólidamente educado, ni educación sólida sin enseñanza religiosa." (Elg. mar. 1917) principio que en esta frase

había formulado, en el siglo pasado, el incrédulo cuanto esclarecido crítico literario, Sainte Beuve: "Sin amor a Cristo no hay verdadero talento, ni verdadera ciencia, ni verdadera elevación y delicadeza de sentimientos." Sólo hay lo que a un americano, John Kenneth Turner, dió pie y material para escribir sobre la ilustración y cultura de la tribu liberal, su famoso y vehemente folleto, "México Bárbaro."

Ahora sale por escotillón el librepensador Vera Estañol, necio deturpador de la Iglesia Católica. Sin embargo, no la culpa: le perdona la vida; porque, después de todo, ella desarrolla una fuerza moral insustituible, que impide a las masas despojar a los librepensadores de lo que éstos se robaron a la Iglesia, o arrojarlos al destierro, como hicieron con el cuitado Estañol. Oígaselo: "Los librepensadores (y dale con el libre pienso) no rechazamos la infiltración de los sentimientos religiosos en el hombre; mejor dicho, los apetecemos en las masas, no por el dogma que contengan, que nos es indiferente, sino por la fuerza moral que desarrollan en la conducta..... ¿Habrá quien niegue la inconmensurable y por ahora insustituible fuerza moderadora del temor a Dios en la conducta de la inmensa mayoría de los hombres? ¿Habrá quien ponga en duda la influencia estupenda que en la conciencia humana han ejercido el verbo amoroso y la inefable abnegación de Jesús?" (Vera. p. 41. 40)

Cierto, no será García Granados quien lo ponga en duda, ya que, tras de admitir que "la criminalidad, durante la era porfiriana, fué verdaderamente aterradora, no menos que la prostitución entre la juventud acomodada, y la inmoralidad en la clase media," con tal motivo apostrofa así a la "deshonrada escuela" laica: "¿Hay que admirarse de que los asustados padres de familia prefieran mandar sus hijos a las escuelas del clero antes que a las del Gobierno? Célebres sociólogos, libres de toda influencia dogmática, como Benjamín Kidd y Taine, opinan que el cristianismo es el principal elemento de nuestra civilización." Y nuestro jacobino trasnochado cierra preguntando con timidez y de soslayo: "si no sería conveniente tomar en consideración la enseñanza religiosa en las escuelas del gobierno." (Gra. p. 117-120)

A esa interrogación contesta resueltamente Hipólito Taine en aquel pasaje sabidísimo donde refuta sus teorías positivistas, cual lo hacía cuando pasando revista a las iglesias de París, indagaba en cuál de ellas se enseñaba mejor el catecismo, para que allí fuera su hija a estudiarlo. "Siempre y en todas partes que el espíritu del cristianismo decae, dice Taine, las costumbres públicas y privadas se relajan, y se ve al hombre volverse pagano como en el primer siglo, y a la vez convertirse en lo que había sido antes, en un sér voluptuoso y duro. En vista de estos hechos, se puede apreciar el valor del cristianismo para la sociedad moderna. Lo que él ha introducido de dulzura, de espíritu humanitario, de honradez y de justicia, ni la razón filosófica, ni la cultura artística, ni el honor feudal, militar o caballeresco, ningún código, ninguna administración, ningún gobierno bastan a sustituirlo en este servicio." (Les Origines de la France Contemporaine)

Díganlo, sino, los rabiosos demolidores de la Revolución Francesa, grotescos fundadores del Culto de la Razón, tan pronto abatido como proclama-

do, a quienes se refieren y aplican las preinsertas palabras. A vista de las encrespadas olas que amenazaban sumergir los restos de la civilización europea, e incapaces ellos para refrenar la tormenta que habían desencadenado, no les quedó más que confesar su locura y volver a los únicos principios en que descansa la paz y seguridad de los Estados, la Religión: que nunca se ataca el edificio religioso sin que tiemble y se cuartee el edificio social. Por lo cual, diéronse prisa en promulgar el decreto siguiente: "Artículo 1ro. La República una e indivisible reconoce la existencia de un Sér Supremo y la inmortalidad del alma."

NOTAS:

(NOTA A. Página 4) En una plancha de arquitectura (guirigay masónico) se tira contra los santos varones, que convirtieron y civilizaron a los indígenas, estos innocuos dardos: "Los frailes trajeron a México la superstición y la ignorancia." (Voz. 2 sept. 1892) El prodigio de ciencia y de sabiduría que así mira sobre el hombro a aquellos frailes que lo desasnaron, no es otro que el propio Díaz quien, aunque de claro entendimiento, no pasaba de soldadón de fortuna, nada curtido en achaques de Historia, ciencias políticas, menos aún en cultura gramatical. De él dice uno de sus secretarios, que "no escribía bien, tenía mala ortografía, leía mal" (Raf. p. 55) y "silabeaba despacio por dificultad orgánica de elocución." (Boa. III. 23) "Por la lista de las calificaciones que obtuvo cuando estudiante, se ve que su aprovechamiento fué siempre muy mediano. Del tiempo en que cursó las aulas conservaba muy escasas señales; porque carecía de instrucción general, y no era verdaderamente ilustrado en ninguna ciencia o arte. Sus lecturas fundamentales deben haber sido las novelas de Alejandro Dumas, como lo da a conocer la naturaleza de sus hazañas de juventud, verdaderas o fantaseadas, las cuales tienen gran semejanza con las de los Tres Mosqueteros. También en la conversación se echaba de ver esa influencia.... No sabía hablar bien: decía cuete, en lugar de cohete; pueta, en vez de poeta; maíz, por maiz; país, por país, y otras cosas todavía más extrañas, como *díploma*, por *diploma*. Su pronunciación se resentía de la influencia de su provincia. Decía *cabajo*, *tujo*, *orgujo*, pronunciando la *j* como la *j* francesa, y lo mismo hacía todas las veces en que tenía que hacer uso de la *i* griega o de la *ll*. Es evidente que ni las ciencias ni las letras perdieron gran cosa con la deserción de las aulas consumada por él; pues, a haber concluído la carrera de abogado, como llegó a pensarlo, no hubiera pasado nunca de ser una medianía." (Osé. p. 493) Quien tal dice con otras lindezas por el estilo, estuvo cantando en prosas huera las glorias del caudillo, mientras éste duró en el candelero, por tal de cobrar sus decenas de senador mendruguista, cuyo nombramiento recibió, no del sufragio popular, sino del voto solitario de Díaz, a quien únicamente representaba en aquella colección de momias, el abyecto senado mexicano.

(NOTA B. página 15) "El charlatanismo audaz y tan próspero en nuestro país, por la general ignorancia de la Historia patria," (Cald. p. VIII) dicho por un audaz charlatán, como se verá al hablar de la traición de Miguel López, hace que en las escuelas del gobierno, los dómines que han asumido "el elevado sacerdocio de guiar las generaciones futuras del pueblo mexicano por la senda de la luz," (Disc. p. 119) según blatea el pataratero de Abraham Castellanos, estrechen a sus discípulos a que erijan altares al pelele de Guelatao, cuya negra semblanza, resplandor de su alma tisonada, tienen a la vista, y le ofrezcan flores, y con voz gangueante le entonen un himno pedestre y bárbaro. Cata aquí ese himno por reír:

¡Viva Juárez! mil ecos repitan,
Porque Juárez la patria nos dió;
Y rompamos las férreas cadenas
Que impotente el tirano forjó.
Hoy la América entera contempla
Al campeón de la santa igualdad.
Si la Europa tuviera otro Juárez,
Cantaría también ¡libertad!

Mas como Europa no tiene tanta dicha, está la cuitada haciendo mohinas y pucheritos, cuando no llora a moco tendido la triste suerte de no haber sido la cuna del organizador de la ley fuga, del firmón del tratado MacLane, del vencedor en cien batallas descomunales de inermes monjas y frailes que, tiempo atrás, le habían ayudado a matar el hambre, y del autor de un sinnúmero de hazañas por el estilo, merecedoras todas de que sobre su espinazo se le diera con un garrote el premio de sus gracias. Es un hecho incontrovertible que si Europa tuviera otro Juárez, Europa emigraría para África. Allí, gozaría el mexicano de más libertad que en la hedionda jacobinería que tortura y deshonor a México. Allí, pueden los católicos lo que en México les está vedado: construir edificios religiosos, abrir escuelas, ordenar procesiones fuera de los templos, establecer Ordenes religiosas y adquirir bienes raíces con el beneplácito y cooperación del gobierno, (Ep. 10 ab. 1921) ¡Qué vergüenza para el México liberal el hallarse colocado, en cuanto a cultura, civilización y verdadera democracia, a cien mil leguas bajo el nivel de un gobierno de negros africanos!

(NOTA C. página 17) En el estilo pretencioso, propio de un dómine de aldea, dice lloriqueando el profesor Abraham Castellanos, que a la llegada de los españoles. "el Sol—con mayúscula—ya no inspiró alegría sino tristeza; no más victorias sino derrotas, tanto en lo material como en lo moral. La civilización se perdió como se pierde el alma," (Pedagogía Rébsamen. p. 13. 14) esa linda civilización, consistente, dice un docto americano (Lummis) y sabios historiadores, en robar, esclavizar, comer carne humana, "degollar anualmente cien mil víctimas humanas" (Vas. I), "educar para el vicio las mujeres de ciertas congregaciones" (Orozco y B.), y embriagarse a tal grado, refiere el ingenuo Bernal Díaz del Castillo, que cuando no podían los indios, aguzando la vista, echar puntería a los astros, echábanla en dirección opuesta: "Se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchían los vientres de vino."

Pero donde se perdió sin remedio la sapiencia del maestro Abraham, fué cuando acuchilló la gramática, cuyas páginas debería revolver con diurna y nocturna mano, para no causar un alegrón a sus discípulos con estos barbarismos: **redento, jira, y preveer.** (p. 74. 88. 296)

Quien, ignorando ortografía, se atreve a enfrascarse en cuestiones de pedagogía, expónese a que sus enemigos le vean chuela, como v. g. cuando, saboreándose con "las sandeces de Rousseau, autor del abominable **Contrato Social.**" que dijo Bulnes (Rev. p. 54. 62), y con la obra pornográfica, el **Emilio**, por él glorificado de "joya pedagógica del gran filósofo ginebrino," coloca entre los pedagogos al loco Rousseau, cuya norma de vida fué, según

cuenta, la sinrazón de las pasiones: **mes passions m'ont fait vivre, et mes passions m'ont tué;** al padre sin entrañas que, viviendo en amasiato con su cocinera, se deshacía de sus bastardos echándolos a la inclusa. Por su boca sabemos que en él no había más amor que el de las hembras: **les femmes d'abord.** Tal es el gran filósofo de casa de orates, el grande amigo de los niños, el gran defensor de la educación salvaje que sostiene que las ciencias perjudican al hombre; que el estado natural y feliz de éste es la barbarie, y hasta duda si debería andar en dos pies o en cuatro: doctrinas abominables; pero, para los maestros de la laica, "joyas pedagógicas" llovidas del cielo, cual lo espetan a sus cándidos oyentes. Bien sabe el asno en cuya cara rebuzna; mas ¡cuándo ha de saber que de tales joyas se avergonzaba el propio autor! escribiendo de ellas: "Decir y probar igualmente el pro y el contra; persuadirlo todo y no creer nada, ha sido siempre la diversión favorita de mi espíritu. No puedo ver ninguno de mis libros sin gemir: en lugar de instruir, corrompo; en vez de alimentar, emponzoño; pero la pasión me seduce, y con mis hermosos discursos y todo, yo no soy más que un criminal."

Pareándose ahora el estirado Esquivel Obregón con el mentecato de Castellanos, óigasele corear las alabanzas del "gran filósofo genebrino," y confesado criminal, y corruptor, y mentiroso: "Rousseau es un grande espíritu por haber emprendido la lucha contra la mentira. Todo el secreto de su triunfo estuvo en que fué fiel al lema de su existencia: **vitam impendere vero.**" (Ob. p. 78) Poner en la picota para que les rían sus gracias, a los autores de tamaños disparates; sacar éstos a la expectación y vergüenza pública, es en cierto modo atajar su repetición y vindicar la moral ultrajada por esos engendros de la laya de Abraham Castellanos, y Julio Hernández y demás batuecos de "la escuela ignominiosa." Los cuales, dándose ínfulas de pontífices del laicismo, lanzan esta pretenciosa proclama que firma el tal Abraham: "Los maestros de escuela tienen el elevado sacerdocio de guiar las generaciones futuras del pueblo mexicano por la senda de la luz." (Disc. p. 119)

Esta no es cuerda de su guitarra, ñor Castellanos. Desínflese usted; apéese de su burro, mas que sea por las orejas; y antes de treparse a tan alto sacerdocio, el que ni podría subir a sacristán de amén en la iglesia de Jalatlaco, váyase, tío, a una de esas escuelas de frailes ignorantonos. Pero, no dormirse en ella, si no quiere que le plantifiquen unos pellizcos de cajeta. A ver si así se le quita del chirumen esa tentación del enemigo malo, esa pretensión de "guiar las generaciones por la senda de la luz," ud., pobre maestro Ciruela, cuya escuela laica, según un su correligionario, ingeniero Nicolás Durán, "sólo sirve para fabricar asnos." (Ni. p. 99) "cuando no zapatistas," (Ni. p. 20) sentencia el carrancista Alberto Pani.

(NOTA D. página 18) A más de aplaudir la caterva liberal al déspota español, bien que supo imitarlo, dejándolo muy atrás en aquel odio feroz y nunca abatido, que de 1767 a la fecha ha venido ostentando con hechos positivos, contra los jesuitas, por más que a éstos siempre los haya pedido y siga pidiéndolos la nación mexicana.

De Guadalajara habían salido en 1808 las primeras solicitudes del restablecimiento de la Compañía, repitiéndose éstas los años 1822, 23 y 53. (Dem. II)

Cuando el restablecimiento de los jesuitas en 1816, aunque se abrieron colegios sólo en México, Puebla y Durango por falta de sujetos; muchas poblaciones, entre ellas, Querétaro, San Luis Potosí, Lagos y Guadalajara los habían pedido.

En 1820, recogieron en Puebla arriba de 1.500 firmas que requerían al virrey diese carpetazo al decreto que, para la nueva supresión de los jesuitas, habían lanzado las Cortes.

El 2 de agosto de 1821, ya consumada la Independencia, al entrar Iturbide

en Puebla, pidióle el pueblo, entre aplausos y aclamaciones, el restablecimiento inmediato de la Compañía de Jesús.

El 13 de noviembre de aquel mismo año, la Junta Provisional Gubernativa, donde imperaban los liberales, contestó negativamente a las peticiones de multitud de corporaciones civiles y religiosas que clamoreaban por la vuelta de los jesuitas. La cretina diputación provincial de Veracruz, gran vivero de gachupines progresistas y de abarroteros afilosofados, fué en todo México la única que representara contra la reposición de la Compañía.

Al mes siguiente, 19 de diciembre de 1821, *El Sol*, periódico masónico, órgano de aquellos liberales, abrió su campaña de calumnias contra los jesuitas, con motivo de la defensa que de éstos había hecho ante la Junta Provisional el Pbro. José Manuel Sartorio.

Con intento de impedir el restablecimiento de la Compañía, los liberales del primer Congreso ordenaron, en 16 de marzo de 1822, la confiscación y venta de las temporalidades de los jesuitas, para los cuales no se halló quien osara comprar esos bienes robados.

El 17 de agosto de 1822, la nación entera volvió con mayor insistencia a reclamar al Congreso, por medio del diputado Bandini, la reposición de los jesuitas. La única respuesta de la taifa liberal fué alzar una ensordecedora gritería, que ahogó la voz del orador cuya solicitud quedó sepultada en una de las comisiones. Sesión tan escandalosa no quisieron los liberales que figurara en sus actas. En aquel entonces tenían siquiera alguna brizna de vergüenza.

En 1823, la diputación provincial de Puebla dirigió en ese mismo sentido al Congreso, nuevas manifestaciones en las que afirmaba con sobrada razón que pedía el restablecimiento de los jesuitas la República entera. Su expulsión por la Corona había causado gran resentimiento a los criollos y contrabúido, dice el P. Mier, a la Independencia de México. (Mier)

Caído el emperador Iturbide, le sucedió el Poder Ejecutivo que estatuyó, como buen liberal, se confiscara y remitiera a la Capital toda la plata de la iglesia de los jesuitas en Puebla.

Aun en medio del fragor de las guerras extranjeras y civiles que deshonraron los primeros años de la Independencia, no cejó la Nación en pedir ni los liberales en rechazar la vuelta de los jesuitas. Un antiguo adversario de éstos, el diputado Carlos Ma. Bustamante, reunió en mayo de 1841, 176 firmas de los católicos de mayor prestigio en la Capital, encabezadas por las de tres obispos que apremiaban al Congreso para que restaurara la Compañía. Bastaron 4 diputados jacobinos para hacer fracasar aquella solicitud, pero no sin la complicidad de otros diputados, los llamados hombres de bien, amigos a todo trance de la paz y política de conciliación, envilecidos cobardes cuya progenie vimos con tristeza y coraje ensalzar "la paz magnífica" de la infecta dictadura porfiriana, dicho por algún prócer católico que nos recuerda al prelado "anodino" (Dem. I) que, en 1841, gobernaba la arquidiócesis de México, Sr. Manuel Posada y Garduño, tan bien hallado con aquella política, que en gracia de ella negóse a firmar, con los demás obispos y distinguidos seglares de la Capital, la referida petición del restablecimiento de la Compañía.

Para mejor afianzar los liberales el triunfo obtenido en el Congreso, hicieron sudar su prensa con la que malamente podía competir la muy raquítica de los católicos. Publicaron casi simultáneamente, en la imprenta de Ignacio Cumplido, las Cartas de Pascal, las de Palafox, (de éstas hubo hasta dos ediciones), y una diatriba contra S. Ignacio de Loyola. Estas obras, todas antijesuíticas, causaron a los fieles un magno escándalo agravado por el pesar de que no hubiera puesto coto a esas publicaciones impías el Sr. Posada, en cuya diócesis se hacían. Hablando Carlos Ma. Bustamante en representación de aquellos católicos adoloridos, se dejaba decir: "Cómo es que la autoridad eclesiástica de México deja correr libre esa impresión re-

probada por la Iglesia? ¿Para cuándo es el uso de esa potestad y el encargo del Apóstol: *attendite vobis et universo gregi in quo vos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere Ecclesiam Dei?* A éso respondemos que traslado esa pregunta al Sr. Arzobispo..... Su Ilustrísima satisfará a ella delante de Dios que le ha de pedir cuentas de la administración de su rebaño. Si el pastor duerme, ¿qué les queda a los perros del aprisco? Ladrar y no más que ladrar." (Dcm. I)

Derramábase al mismo tiempo otra obra antijesuítica, el *Discurso de las Enfermedades de la Compañía*, por el historiador Mariana; y a nombre de la civilización y del progreso, la silvestre legislatura de Chihuahua, Estado civilizado por jesuitas, y por su ausencia vuelto a la barbarie, pedía (1841) no se admitiera una Orden que entonces habían restablecido las naciones más cultas, la que tenía, en la vecina y protestante República norteamericana, florecientes colegios y Universidades.

En 1845, cuando se anunciaba pavorosa la guerra con los E. U., no por éso dejaban los liberales de debilitar la defensa nacional, dividendo y agriando los ánimos con sus ataques a la Compañía. En marzo de aquel año, su órgano, *El Siglo XIX*, anunciaba y recomendaba una diatriba de Eugenio Sue contra los jesuitas, *El Judío Errante*, de la que *El Correo de Ultramar* y el impresor Mariano Lara hicieron cada uno una edición.

El primer número del periódico oficial: *Diario del Gobierno de la República*, salido el 7 de ag. de 1846, un día después de la toma de posesión de la Presidencia por el liberal José Mariano Salas, traía contra la Compañía un folletín titulado: *La Santa Alianza, los Ingleses y los Jesuitas*, traducido del francés por Anastasio Zerecero. (Al. V. Dcm. I. pássim) Tanta hostilidad contra la Compañía, según un remitido que en 1849 (2 oct.) traía *El Siglo XIX*, no impidió que en algunos Estados litorales enviasen los padres de familia sus hijos a los colegios del Norte, dirigidos por jesuitas.

Restablecida por la última administración de Santa Ana la Compañía de Jesús, a poco cerró su Colegio de San Gregorio el rústico y montaraz Juan Alvarez, quien destinó el edificio a un nuevo colegio de niñas demócratas, que por fortuna no llegó a abrirse. Contra aquella supresión, que "causó un pesar increíble," (Joaquín Pesado en Cr. 24 jun. 1858) representaron, si bien en vano, 75 padres de familia que en San Gregorio tenían sus hijos, varios de éstos traídos de los Estados Unidos, luego que los jesuitas abrieron en México sus colegios. (31 oct. 1855) Siete meses adelante, (5 de jun. 1856) Vallarta bramaba en el Congreso: "Conozcamos que siendo liberales y tolerantes, debemos, sin embargo, extinguir la Compañía de Jesús. Si nuestros enemigos nos llaman inconsecuentes, aceptemos este insulto con tal que la Historia que nos juzga y el mundo que nos mira nos digan previsores y prudentes." En consecuencia, el Congreso de 1856 votó la no admisión de los jesuitas en la República; y en 1873, a los que se habían quedado los expulsó Lerdo por extranjeros perniciosos, reterperniciosos para el analfabetismo, para el latrocinio y para la barraganería, en tratándose de una república jacobina que "sólo puede ser gobernada por bandidos y mesalinas." (Emilio Ordaz. *La Cuestión Presidencial*. 1877) Es dicho del propio Lerdo. Aunque opuesto en principio a la expulsión de los jesuitas, Lerdo se volvió contra ellos cuando *El Monitor*, órgano del masonismo, empezó a motejarle de jesuita, y le hizo entrever la posibilidad de ser derrotado en las próximas elecciones presidenciales. Bastó aquéllo para que Lerdo, que tanto se burlaba de las mojigangas en uso en las logias, se acoquinara ante la secta e ingresara en ella, el día aniversario en que se ahorcó Judas, Viernes Santo del año 1873. "El odio de los masones, informa el P. Decorme, procedía del fruto que se hacía en las almas, del estorbo que se ponía al protestantismo, de la prosperidad del Seminario y, según *El Amigo de la Verdad* (22 mar. 1873), de la envidia de tal o cual clérigo indigno, o de católicos nulos muy próximos a apostatar. Algún contemporáneo cita como causa de odio, el haber alejado los jesuitas a ciertas damas de sus encum-

brados galanes que nombra." (Dcm. II)

(NOTA E. página 27) Lista parcial de algunos maestros nacionales que formaron entre las chusmas de Carranza: Luis Cabrera, Rafael Quintero, Félix Palavicini, Otilio Montaña, Felipe Angeles, Alberto Carrera Torres, Herminio Pérez Abreu, Manuel Chao, Juan Sánchez, Cándido Navarro, Braulio Hernández, Federico Currión, José Obregón, Práxedes Guerrero, David Berlanga, Rodolfo Menéndez, Figueroa, José Ma. Mendoza, Elías Calles, Antonio Villareal, Coronel Calderón; éstos dos últimos, expresidarios, y Venustiano Carranza, si merece fe Salvador Alvarado. (Hear. p. 2933)

(NOTA F. página 27) Estas palabras del voltairo Sierra, repletas de incoherencias y contradicciones, si se cotejan con lo que dijo páginas atrás, denuncian en su autor un cerebro destornillado, que pide buena dosis de eléboro. Estando en París, entró en Notre Dame un Viernes Santo, y besó la corona de espinas del Salvador, a ejemplo de todo el mundo. Como le mostrara un compañero su extrañeza por aquel acto religioso, hecho con el mayor respeto por quien toda su vida había escarnecido la Religión, y, de estudiante, había gritado en la capilla de San Ildefonso, a la hora de misa: "¡muera el Papa!" (Lit. p. 208); contestó aquel positivista cual hubiera podido hacerlo un carnero del rebaño de Panurgo: "Beso lo que besa el pueblo." Dando otra vez en la flor de venerar reliquias, las de un mártir, disculpó de ello nuestro besuqueador, alegando esta simpleza: "Beso con profunda piedad la mano de la mártir que encendió la lámpara de las catacumbas." Dice y bien el portalira carrancista, Luis Urbina: "Era el suyo un amor a la manera de los místicos: hasta besaba en donde besa el pueblo, por amor o por feo." (Lit. p. 210-11) ¿Acaso, en sus tenidas no hociquean por lo feo los puercos masones, según su ritual citado en los apéndices, el orificio del venerable de la logia, el de un perro, y si es de creer Leo Taxil, el de un chivo, alimaña cuya efigie en ninguna logia ha de faltar? Sobre gustos no hay nada escrito.

(NOTA F. bis página 28) Para el novelista Gamboa, los españoles eran unos "aventureros temerarios y sin conciencia, tipos arriscados y artimañosos de la hampa española, ávidos de oro a cualquiera costa, que en nada bueno pensaban, por ser en el fondo todos ellos, ladrones, asesinos, licenciados de presidio o fruto de horca, por cuya culpa los mexicanos han seguido peñas abajo." (Mex. 4 feb. 1917)

Agotado ya su repuesto de sangrientos vituperios con esos españoles que tamaños desaguisados cometieron con los indígenas, de cuya desaparición paulatina él mismo se está holgando (Voz. 11 oct. 1898), hace gala ahora de su rica dicción, poetizando a los que en masa degollaron a las razas nativas, los anglosajones, cuyo "único ideal, dice por lo bajo Lummis, era juntar dinero" (Spa. p. 47), elogiándolos Gamboa de "puritanos animados de los más grandes ideales, de piadosos, austeros, temerosos de Dios, idólatras de la justicia, que perseguían únicamente la paz para sus almas místicas, anhelantes de gozar de la libertad religiosa, no empujándolos la ambición de riquezas, ni pensando en matar, por ser sus intenciones tan pacíficas que nada perturbaba la paz de sus conciencias y el ritmo de sus vidas rectilíneas. ¿Verdad que es hermoso?" preguntase ingenuamente él mismo, engaitado por la pintura fantástica que acaba de trazar.

Por desgracia, ¡cuán lejos de la verdad está la pintura aquella! Los puritanos anglosajones, dice la Historia por ellos mismos escrita, eran unos protestantes que, impedidos por otros protestantes para practicar su religión, emigraron de Inglaterra a las colonias inglesas en busca de libertad religiosa. Apenas desembarcados, prohibieron en su colonia el ejercicio de toda religión que no fuera la suya. Al saber que unos protestantes de diferente denominación, los cuákeros de Guillermo Penn, habían salido de Inglaterra, rumbo a las colonias inglesas, despacharon un buque a su encuentro con orden de aprehender en alta mar a aquellos "malvados herejes," decían ellos, confiscarles su embarcación y venderlos como esclavos. Su in-

tolerancia contra los cuákeros y los bautistas fué en extremo cruel: los azotaban, les agujereaban la lengua, les cortaban las orejas y hasta los mataban. De los archivos de la Sociedad Histórica de Massachussetts sácase en limpio que los tan alabados puritanos, "idólatras de la justicia de vida rectilínea" y otras pamplinas, eran unos tipos ferozmente intolerantes, autores de aquellas leyes tiránicas conocidas por "blue laws;" eran unos borrachos y asesinos (The Monitor. Newark. 21 ag. 1920), cuya descendencia se destruyó a sí misma con el suicidio de la raza, de lo cual no hay por qué dolerse en demasía.

Por lo visto, Gamboa, a par de tanto escritor liberal que de la Historia ha hecho un embudo para colar patrañas por el gajnate de los chicuelos de la escuela laica, se ha cerrado, como ostión en su costra, a toda lectura de documentos históricos; y en vez de presentar los hechos tales como se verificaron, halló más fácil inventarlos de pies a cabeza, así como inventa aquellas sus novelas, en donde se relatan con honda fruición de lectores encanallados, crudas escenas de lupanar, en las cuales mezcla sacrilegamente los blancos lirios de nuestros claustros, las Damas del Sagrado Corazón de la capital de México.

Por algo se ganó el masón Gamboa la nada envidiable reputación de Zola mexicano. (Osh. p. 105) La exhibición cinematográfica de su asquerosísima novela, Santa, tuvo que prohibirla el ayuntamiento carrancista de Guadalajara, por atentatoria a la moralidad pública. (Ep. 15 jun. 1919) ¡Qué tal estaría de podrida para que la asquearen los mismos buitres! ¿Y ésto era uno de los profesores de "la ignominiosa?" No tal: que ésto eran todos ellos.